

Rodríguez, Ileana. *La prosa de la contrainsurgencia. “Lo político” durante la restauración neoliberal en Nicaragua*. Raleigh; North Carolina: Editorial A Contracorriente, 2019. 170 pp.

THELMA JIMÉNEZ-ANGLADA
LAWRENCE UNIVERSITY

Hay un puñado de textos académicos que nos presentan la paradoja de articular actos de resistencia íntima a partir de sus rupturas con las convenciones de ese estilo casi autoritario en el que se ha convertido la escritura académica, con sus tonos fríos y formales, su precisa selección del lenguaje, su habitual incomodidad con la primera persona y su enfoque obsesivo con el planteamiento central. A este puñado de textos se suma *La prosa de la contrainsurgencia: “Lo político” durante la restauración neoliberal en Nicaragua*, de Ileana Rodríguez, quien combina la intensa subjetividad del género testimonial con el análisis cultural y literario.

Con este libro, Rodríguez una vez más aporta a una discusión sobre las letras y la cultura nicaragüenses en la que resta mucho por hacer. *La prosa de la contrainsurgencia* es la más reciente contribución a los estudios culturales y literarios de su extensa bibliografía autoral con una clara tendencia a los estudios sobre Centroamérica y el Caribe. Al igual que en su *Women, Guerrillas, and Love. Understanding War in Central America* (1996) y en *House/Garden/Nation: Space, Gender, and Ethnicity in Post-Colonial Latin American Literatures by Women* (1994), donde ya aludía a algunas de las problemáticas que aborda en *La prosa*, Rodríguez recurre al género como telón de fondo teórico.

Persigue Rodríguez explorar en su libro lo que ella ha llamado—según revela el título de su libro—prosa de la contrainsurgencia, término provocador que evoca una aparente contradicción para cualquier persona que conozca someramente la historia de Nicaragua. A primera vista el término contrainsurgencia parece fusionar los grupos revolucionarios (comúnmente asociados a la insurgencia del sandinismo) con la Contra, el acortamiento que se utiliza para denominar a los contrarrevolucionarios que a lo largo de la década de 1980 intentaron poner fin por medios violentos al gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), tras la caída de Anastasio Somoza.

Es difícil imaginar que Rodríguez no previera esta interpretación del término. Otra posibilidad es que, detrás de su elección terminológica, haya una voluntad de subvertir o descolocar el lenguaje con el que tradicionalmente se ha pensado la política y la historia nicaragüense. Lo cierto es cómo Rodríguez acuña contrainsurgencia como eje central de su libro tiene que ver con los discursos que

desdican de, o contradicen, los supuestos revolucionarios del sandinismo. Este desdecir no proviene necesariamente de grupos ideológicos opuestos al sandinismo, sino que emerge de las víctimas y de las vidas quebrantadas por la praxis política del Frente Sandinista (FS).

Compuesta de textos que fueron escritos una vez concluida la revolución sandinista de manera aparentemente exitosa—pero que en su práctica material y humana dejó a su paso a sujetos desafectos a los conceptos de la nación, la revolución, la patria y la democracia—la prosa de la contrainsurgencia pone el ojo crítico en escritos de la no ficción. Ninguno de estos textos forma parte del canon literario nicaragüense ni de los nombres más conocidos en el exterior de Nicaragua. Entre ellos figuran varios testimonios y memorias (quizás demasiados para el breve espacio que se le dedica a su análisis), junto a un relato basado en hechos reales. Según Rodríguez, esta escritura evidencia “desilusión en lo político, desnacionalización del sujeto insurgente, e instrumentalización de la democracia” (17-18). La prosa de la contrainsurgencia pone de lado a la ideología y presenta, en su lugar, una convicción por el bienestar humano escindido de las demagogias políticas del FS.

A esas voces testimoniales se suma la de Rodríguez quien, tras militar en su juventud en las filas del FSLN, emigrar a los EEUU y jubilarse de la Ohio State University, brinda su propio testimonio en viñetas que irrumpen en los cinco capítulos de los que se compone *La prosa de la contrainsurgencia*. “Rindo mi testimonio”: así se abre la introducción, con una narración testimonial en primera persona que parece responder a la experiencia vivida de Rodríguez. Este primer testimonio hace público un angustioso momento íntimo, en el que la voz testimonial narra su participación durante los últimos días de abril de 1990 en un Congreso de Mujeres en las Naciones Unidas (ONU), cuando Violeta Chamorro derrotara a Daniel Ortega en las elecciones presidenciales de Nicaragua, bajo la promesa de ponerle punto final a la guerra. Contrariada por la derrota presidencial del FS, la voz testimonial narra este momento como uno de desilusión colectiva, en el que para muchos (fueran o no nicaragüenses) se vino abajo la esperanza de la revolución.

A primera vista, este testimonio introductorio parece posicionar al texto en una postura favorable a los propósitos políticos del FS. Sin embargo, como suele suceder con las narraciones mediadas por la perspectiva de los años, el testimonio que aquí rinde Rodríguez no es inocente. Aunque la intensidad de su ironía no pueda apreciarse sino hasta casi haber concluido la lectura del libro, su primer testimonio sirve como antesala a algunas de las críticas sociopolíticas más lúcidas que elaborará a lo largo de *La prosa*. Ha ido a la ONU en representación de la Oficina de la Mujer de Nicaragua, allí le dan la noticia de que la primera y única mujer que ha presidido el país ha ganado las elecciones; angustiada, busca apoyo en sus compañeras, quienes “me aconsejaron que dijera que

esperábamos que el nuevo gobierno respetara los logros que habían conseguido las mujeres bajo el régimen sandinista” (2). Tras lo dicho, Rodríguez permite que la articulación del necesario cuestionamiento recaiga bajo la responsabilidad de quien lee: ¿qué logros fueron estos?

Este es el punto de partida de un libro en el que Rodríguez dedicará capítulos centrales a reflexionar la problemática del género y la masculinidad como herramienta dentro del sandinismo: la cosificación sexual de las compañeras de lucha del FSLN por parte de los compañeros, el trato cruel hacia las que quedaban embarazadas en el frente de lucha, el sistemático escamoteo del trabajo de las mujeres y la total irresponsabilidad ante el dolor de las madres que perdieron a sus hijos—casi niños—en la guerra. El poder político del sandinismo, concluirá Rodríguez, ha sido construido sobre la explotación física, moral e intelectual de las mujeres. Pero esta construcción solo pudo concretarse con la colaboración y el silencio de las filas del sandinismo, fuesen mujeres u hombres. Como dirá en la sección ensayística de su introducción, motivada por las *Memorias en fuga: Una catarsis del pasado para sanar el presente* de Héctor Ricardo Leis (2013), para Rodríguez es imprescindible “revisar las prácticas sociales del ejercicio del poder . . . e incluso de las prácticas cotidianas de muchos militantes de izquierda”, romper el silencio con el que se legitimaron prácticas misóginas y despiadadas contra sujetos vulnerables a los que la izquierda tradicionalmente ha dicho representar y, en el proceso, asumir responsabilidades (4). Una revisión de esta naturaleza no solo abre la posibilidad de sanación de las heridas del pasado, observa Rodríguez, sino que también permite otras avenidas de abordaje crítico al más reciente movimiento popular nicaragüense. Todavía en curso, las concurridas protestas que se iniciaron en abril de 2018 persiguen hacerle frente a las reformas sociales regresivas y a la represión del gobierno de Daniel Ortega, quien desde 1979 se ha mantenido de un modo u otro amasando distintos niveles del poder político. Abordará a las protestas en curso en el epílogo del libro, pero en sus capítulos se remitirá a sucesos de hace tres décadas.

Aunque ni se justifican ni está claro dónde encajan dentro del argumento central, Rodríguez dedica los primeros tres capítulos de *La prosa* a explorar en qué momento se hizo evidente que los supuestos de justicia social y equidad del sandinismo que encabezaría Daniel Ortega habían sido cooptados por un proyecto político muy semejante al de las derechas. Asimismo, en estos capítulos, Rodríguez examina el rol de Violeta Chamorro en el imaginario político nicaragüense de su momento. Sin romantizarla, Rodríguez propone que la revolución sandinista se gestó durante una década en un pueblo extremadamente empobrecido que resistió aun cuando sus condiciones de vida se pauperizaban, mientras que los líderes políticos del FS jugaban y perdían con dos economías e ideologías paralelas: una liberal (relativamente conservadora) y otra radical. Este fue uno de los

elementos que contribuyó a sellar el fracaso político de los sandinistas en 1990, y que abrió paso al triunfo electoral de Violeta Chamorro. El otro elemento sería la performance de género—donde una Violeta Chamorro vestida de los colores de la bandera nicaragüense, figura como la patria (la madre patria) de un país sobrecogido por mujeres que sufren el destino de sus hijos en la guerra—sobre el cual Rodríguez posa la mirada brevemente, a pesar de que un análisis más exhaustivo hubiera sido propicio. Finalmente, se explora la plena transición al neoliberalismo, facilitado por la urgente necesidad de paz y desarrollo económico, con lo cual se consuma el giro político del sandinismo de Ortega hacia una derecha en la praxis y una manoseada retórica hueca sobre la nación, los obreros, los pobres y los campesinos, como último rescoldo de la izquierda que originalmente convocó a las masas en los inicios del sandinismo contra Somoza.

Desafortunadamente, en estos tres capítulos se pierde por completo la noción de prosa de la contrainsurgencia. Son capítulos en los que Rodríguez no nos recuerda cuál es el lugar de esta prosa en su recorrido de los malabares políticos del periodo que transcurre alrededor de 1990. De la mano de los textos sobre Nicaragua de Carlos Vilas, Humberto Ortega y Roberto Cajina, se echa de menos el enfoque de *La prosa*. A menudo estos capítulos parecen merecer su propio libro y estar fuera de lugar en este. Lo único que verdaderamente los ata al resto del libro son los testimonios con los que cierra cada uno de ellos. Fragmentos que irrumpen y se sublevan ante la formalidad del ensayo académico, las viñetas testimoniales figuran además como modelo discursivo de la contrainsurgencia misma.

En el testimonio con el que da inicio el cuarto capítulo, queda sugerido que *La prosa* podría ser leído como el proceso de reposicionamiento político de Rodríguez. Al narrar sus fugaces visitas al campo de batalla nicaragüense, la voz testimonial da cuenta de su necesidad de “trazar las distancias entre mi experiencia y sentir de aquel entonces y el de ahora que leo los libros escritos por los que combatieron” (100). Las irregularidades de las que fue testigo—adolescentes provenientes de hogares empobrecidos en el campo de batalla, mujeres coaccionadas a acostarse con los militantes—se muestran, décadas más tarde, en todo su horror, como parte de las contradicciones que desde entonces evidenciaba el sandinismo. Movida por las ideas de Héctor Ricardo Leis en *Memorias en fuga*, cierra este fragmento testimonial asumiendo su parte de la responsabilidad y, en lo que quizás sea una de las líneas más conmovedoras en todo el texto, abiertamente disculpándose por la parte que le toca. Este testimonio marca un giro en el abordaje crítico y metodológico. En los dos capítulos restantes (capítulos que debieron ser expandidos para configurar el libro), Rodríguez atenderá la literatura, o al decir suyo, la prosa de la contrainsurgencia.

Su ejercicio crítico se basa en “leer los textos de algunos combatientes que pelearon la guerra durante la Revolución Sandinista (RS) a contrapelo” (101). Es decir, que Rodríguez aborda los textos—narrativas de la memoria en cada uno de los casos—contrario a la idealización con la que habitualmente se ha imaginado a la escritura asociada a la insurgencia del sandinismo. Argumenta que en esa prosa el sujeto masculino, hecho recluta desengañado en la guerra, se disocia de la nación y se convierte en apátrida. Mientras, las madres, en busca de sus hijos que han sido secuestrados de sus propios hogares y lanzados al campo de batalla, transmutan del “deber patrio al deber materno” (117). Examinará, además, las formas en que la guerrillera urbana transita por las avenidas del género en aras de sobrevivir dentro del férreo sistema patriarcal que permea al sandinismo. Para conseguirlo, la guerrillera urbana se verá en la necesidad de desplazar su performance de género, llevándolo de los regímenes de la masculinidad en su militancia guerrillera a la instrumentalización sexual de su cuerpo feminizado.

Como en cada uno de los anteriores, Rodríguez cerrará el último capítulo de *La prosa* con viñetas testimoniales. Sin embargo, en esta ocasión la voz testimonial situará su militancia en el entramado del género, desvelando un momento intensamente doloroso en el cual los discursos de la insurgencia que ha internalizado le exigen que use su propio cuerpo como ficha de transacción. Por lo tanto, Rodríguez no solo elabora una crítica a partir de la categoría de contrainsurgencia, sino que también articula la prosa de la contrainsurgencia misma. En ese sentido, su libro reta a la vez las convenciones del ensayo académico y la mitología con la que se ha escrito y leído al sandinismo por décadas. Cuesta imaginar la valentía y la carga emocional que supone escribir un libro como *La prosa*. Y aunque se esté de acuerdo o no con el desarrollo del argumento central de *La prosa*, nunca deja de ser esperanzador encontrarse con actos íntimos de resistencia como este en la escritura.